

Instantes con Emilio Carballido

José Ramón Enríquez

Rosa de dos aromas, Fotografía en la playa y Te juro Juana que tengo ganas, son algunas obras, entre muchas otras, que forman parte del legado de Emilio Carballido. José Ramón Enríquez nos ofrece un retrato hablado del entrañable autor veracruzano.

La última vez que vi a Emilio Carballido fue el año pasado en el Restaurante Amaro, ese espacio que mantiene Olguita Moguel donde fuera la casa de Andrés Quintana Roo, en el corazón de Mérida. Había venido con Héctor, su pareja, al estreno de *Fotografía en la playa* y al homenaje que le rindieron los estudiantes de teatro de la Escuela Superior de Artes de Yucatán.

Yo no lo había visto después de su embolia y suponía una imagen completamente distinta. La de un hombre en silla de ruedas, devastado, inmóvil de medio lado, lento para pensar y con dificultades para hablar. En realidad no estaba así en absoluto Carballido. Obviamente estaba disminuido y con dificultades, pero todo superado por la brillantez de siempre, la picardía inabarcable y la voluntad de estar en todo.

En el homenaje de la *ESAY* se me pidió que lo entrevistara. Con preguntas sobre momentos específicos que le permitieran echar a volar la memoria habló y habló. Nos trasladó al cuarto de azotea de Sergio Magaña, se-

setenta años antes, donde hicieron teatro por vez primera. Nos relató la forma en que Novo escogió *Rosalba y los Llaveros* después de pelearse con Mllaurrutia por el tono de la obra que éste escribía para Bellas Artes. Uno de tantos pleitos fraternales de esos dos Contemporáneos cuyo paso por la cultura mexicana fue invaluable, desde el sudor más íntimo de la moral hasta los vuelos más elevados de la poesía angélica.

Habló de su visión del actor frente al texto, siempre de sus propias experiencias teatrales, y de otros temas que encantaron a los muy jóvenes estudiantes que podían ser sus nietos y que, sin embargo, conocían de forma directa su obra. La habían actuado en algún Cedart, les había servido para algún ejercicio, habían visto una puesta reciente o la habían analizado en clase de literatura. Carballido comprobó, por si le hiciera falta, que era el autor más reconocido y representado del teatro mexicano, aunque, en su muy especial estilo *fishing for compliments*, declarara ahí mismo lo contrario.

Fue en esa conversación del Amaro en donde pidió a Paco Marín que dirigiera a Elena Larrea en su reciente *Luminaria*, una obra que escribiera para Rosa María Moreno, esa legendaria discípula del maestro Novo, cuyo talento llenó los escenarios. Se esperaba, inclusive, que Carballido viniera a la temporada que tendría *Luminaria* próximamente.

Pero también se habló del estreno de Paco Marín con otra obra suya, quizá la mejor para muchos analistas, *Fotografía en la playa*. Yo interpreté el papel de Héctor, el escritor que vuelve a encontrarse con la familia y con el sabor de la vida privinciana. “Sólo que era más joven”, me dijo Emilio por lo bajo al felicitar me por mi atrevimiento. Y claro que lo era. Héctor era él, en sus inicios, en su retorno a la casa de su abuela venerada. Pero, finalmente, era él más allá del tiempo, entonces y ahora, y lo seguirá siendo las múltiples veces que se monte ese clásico en que se ha conve rido ya la obra. La voz de Héctor es la voz de Carballido, directa y franca, no sólo asumiendo su propia sexualidad, sino definiendo la relatividad del tiempo y del espacio.

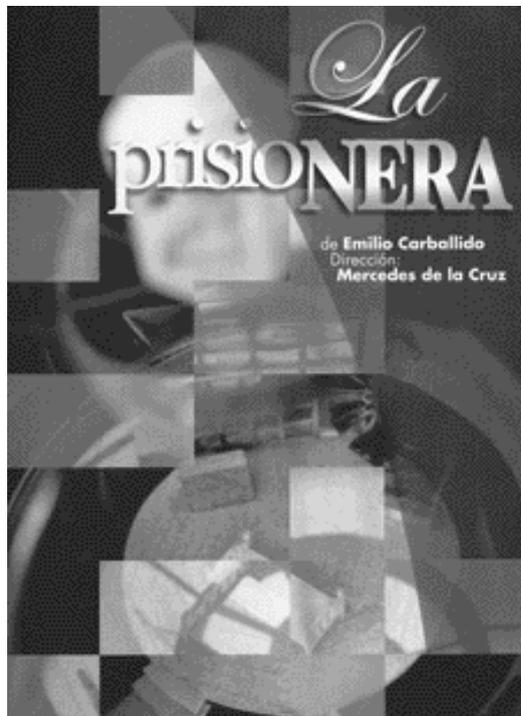
Porque *Fotografía en la playa* es, sobre todo, la más moderna entre sus obras. Es también la crónica de un instante, como dijera Elizondo de su *Farabeuf*. Plástico y esférico, el instante se puede expandir y constreñir, de acuerdo con la física moderna, para permitir a Héctor-Carballido volver siempre al punto primigenio. Casualidad magnífica el que su compañero, con el que registró la primera sociedad de convivencia de un homosexual mexicano famoso, se llame precisamente Héctor.

El tiempo constreñido o expandido de Héctor-Emilio le permite verse ahí, revivir a los suyos, e incluso a la historia toda, como lo grita a la hora de la fotografía, en la última parte de ese poema que va desgranando durante toda la obra y que, al concluir, la define:

Con otra perspectiva, desde un tiempo más largo, sí se verían las olas de la Tierra. Las veríamos alzarse para borrar ciudades: Nínive, Palenque, Babilonia. Nueve olas, una tras otra, borrando las nueve Troyas. Y los huesos de los ahogados: con un visor te asomas al cementerio y ves un tejedero de coral blanco.

Una ráfaga, la del obturador de una cámara, que se asoma a los huesos de los ahogados en la memoria de las dos mujeres sobrevivientes, la abuela y la hermana. El propio Carballido está ya entretejido con otros en la muerte, pero Héctor sigue vivo, y me siento privilegiado por haber sido escogido por el propio personaje para encarnarlo. Aunque sí, el original “era más joven”. “Qué más quisiera yo, Emilio, qué más quisiera”, y nos reímos.

Ahí, en el Amaro, con Elena Larrea y con Paco Marín, fue la última vez que lo vi, pero no la única como lo



recuerdo. También cuarenta y dos años antes, en el estreno de su obra para mí más entrañable, *Yo también hablo de la rosa*.

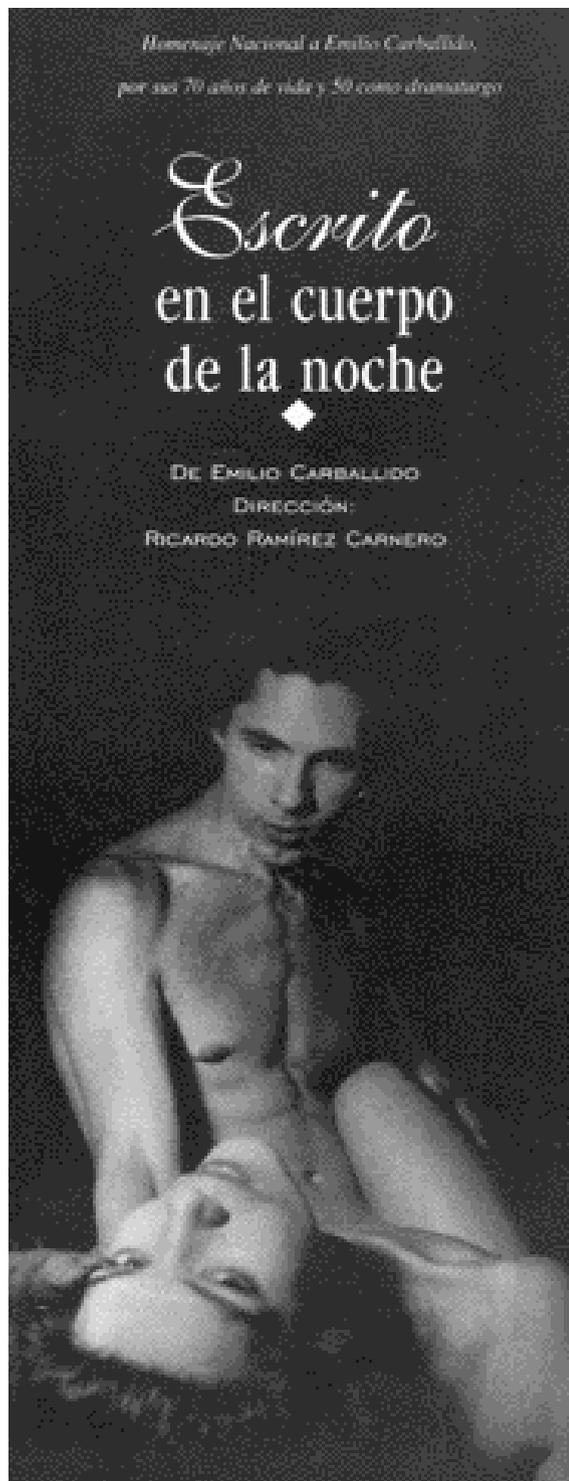
Recuerdo el Jiménez Rueda y a su director, otro ilustre maestro veracruzano también recientemente desaparecido, Dagoberto Guillaumin. Recuerdo claramente a José Alonso y a Angelina Peláez, a la maestra Socorro Avelar y a Sergio Jiménez.

Si décadas después, en *Fotografía en la playa*, el espacio y el tiempo serían relativos para Carballido, en *Yo también hablo de la rosa* era la verdad lo relativo. Como en la maravillosa historia de *Rashomon* de Ryonusuke Akutagawa, que lleva al cine, en una película ya entonces de culto, Akira Kurosawa.

En *Yo también hablo de la rosa*, el descarrilamiento de un tren por dos chavitos pobres, que hoy llamaríamos niños de la calle, Polo y Toña, da luz al prisma de las explicaciones para una verdad que las rebasa a todas, incluida la de los protagonistas. Tal vez todo fue tan simple como un juego de niños, tal vez tan complicada como la evolución de las especies. ¿Quién lo sabe? Quizá “con otra perspectiva y desde un tiempo más largo...”.

Lo único seguro en la obra es ese *Nocturno* de Villaurrutia que le sirve de título y en cuyo espejo se vio a sí mismo Carballido y donde, estoy seguro, hoy lo reencuentramos:

Yo también hablo de la rosa.
Pero mi rosa no es la rosa fría...
Es la rosa del humo,



la rosa de ceniza,
la negra rosa de carbón diamante
que silenciosa horada las tinieblas
y no encuentra lugar en el espacio.

Así queda Carballido detenido en mi memoria. En el cruce del *Nocturno de la rosa* y de *Rashomon*. Cruce que llega hasta un obturador fotográfico en la playa. Hay muchas otras obras que vi, muchas me entusiasmaron así como otras no me gustaron. Conocí muchas otras propuestas estéticas de distinto tipo que la curiosidad y el rigor hicieron producir a Carballido. Yo, colado en la fotografía final, me quedo con estas imágenes que, por otra parte, demuestran que la energía es igual a la velocidad de la luz (no sé por qué elevada al cuadrado).

Se ha escrito mucho, y muy bien, y han hablado sabiamente quienes lo conocieron mucho mejor que yo y estuvieron mucho más cercanos a su obra y a su estética. Yo sólo puedo testificar de Carballido lo que dijera mi amado Cervantes de Lope, que:

Alzóse con la monarquía cómica. Avasalló y puso bajo su jurisdicción a todos los comediantes; llenó el mundo de comedias propias, felices y bien razonadas, y tantas que pasan de diez mil pliegos los que tiene escritos.

Y, ya puesto a citar a quienes quiero, son palabras de otro las que hago mías y me permito traer aquí para cerrar estos recuerdos. Desde Dublín, Bruce Swansey me comentó así la noticia que conoció por mi "Pánico escénico" del periódico *Reforma*:

Con él se cierra una etapa del teatro nacional, así que su desaparición no es sólo la de un individuo, sino también la de una forma de concebir y expresar la realidad. Quizá por eso su muerte suscita cierta nostalgia por una época que ya se difumina a causa del tiempo. Sus personajes se me aparecen de pronto como históricos, así como las relaciones que los atan, las circunstancias en las que actúan, los espacios que los enmarcan. Recuerdo ahora aquellas puestas como parte de mi experiencia como espectador, pero de una experiencia que también se ha desvanecido. Supongo que para quienes asistimos a montajes de su obra implica un poco nuestra propia desaparición. Que en paz descanse, y con él esos espectadores, esas familias, ese país... [U]

Así queda Carballido detenido en mi memoria. En el cruce del *Nocturno de la rosa* y de *Rashomon*. Cruce que llega hasta un obturador fotográfico en la playa.